

posición privilegiada. Pero la recompensa de la virtud es eventual. La prueba ha de verse en el origen de las aristocracias hereditarias, que proceden de que los pueblos pagan en los hijos los servicios que deben a los padres, y que nunca pagaron a los padres. La satisfacción del egoísmo es, en cambio, inmediata, concreta, tangible. Hasta suele ir acompañada del orgullo intelectual de no haber hecho el primo. Podrá ser tonto el pillo, pero no lo es tanto como el racionalista utilitario.

Suponer que es el móvil económico lo que crea la concienziosidad en el trabajo, es poner el carro delante del caballo. La concienziosidad es la fuente, a la larga, de la prosperidad; pero no nace meramente de una consideración económica, sino que es también hija de un mandamiento religioso. La palabra oficio no tiene raíces religiosas. Es una contracción de «opificio» y significa hacer obra. Pero la palabra oficio en alemán y en inglés es eminentemente religiosa. «Beruf» y «calling» proceden de «Ruf» y «call», que significan llamamiento. Cuando un alemán dice «Beruf» y un inglés «calling» no expresan meramente nuestro concepto de oficio, sino también el de misión o función para la que Dios le ha llamado, y no digo vocación, porque la palabra vocación significa lo que a nosotros nos gusta, y todos tenemos vocación de millonarios, mientras que «Beruf» y «calling» expresan la ocupación que tenemos—por las circunstancias—diría un fatalista; por la voz de Dios, dice un cristiano.

No quiero afirmar con ello que todo hombre del Norte sienta ahora, en 1923, su profesión como si fuera un fideicomiso que le hubiese encomendado la Providencia. Los pueblos del Norte son como piedras que todavía suben al impulso de un brazo que las lanzó hace tiempo, pero que acaso ya no existe. Las investigaciones de Max Weber han demostrado que mientras en los pueblos del mediodía y oriente de Europa se siguió considerando el oficio como una contingencia natural, en los pueblos del Norte llegó a prevalecer en los siglos XVII y XVIII—esto es, al iniciarse el industrialismo—la creencia de que las almas se salvaban por el desempeño escrupuloso de nuestras ocupaciones cotidianas, y éste es el origen de la mayor escrupulosidad profesional que uno encuentra en los pueblos del Norte, especialmente en los oficios mecánicos, y también el de la superioridad industrial de ingleses, escoceses, norteamericanos, holandeses, alemanes y escandinavos.

No sé si sería ya posible persuadir a mi relojero de que la salvación de

su alma depende de componer bien los relojes o de no cobrar la composición sino cuando realmente los compone. Si todos los relojeros españoles se convencieran de ello, es seguro que no pasarían dos generaciones sin que se trasladase a España toda la industria relojera del Jura y de Ginebra. Acaso no sea necesario infundir semejante persuasión a nuestros relojeros. Acaso bastaría con enlazar a su patriotismo la conciencia de su oficio y persuadirles de que el relojero que no ajuste los relojes con el escrúpulo debido es tan traidor a su patria como el hombre que recibe dinero de una

Embajada extranjera por defender intereses antagónicos a los de su nación.

Lo que hace falta, en todo caso, es sacudirnos la creencia de que bastará con la utilidad bien entendida para adquirir la escrupulosidad en los oficios, que sirve, a su vez, de fundamento a la prosperidad de las industrias. Ese fué el error de 1898. Nos conformamos entonces con el ideal de la técnica. Pero la técnica nace del espíritu. Y el espíritu es una cosa misma con la fe.

RAMIRO DE MAESTRU.

(El Sol, Madrid).

La marimba guatemalteca

EN las noches de Madrid sigue sonando este aparato patriótico de Guatemala. Siempre nos decían los de aquel dulce país: «Si va usted allí, no deje de oír la «marimba». ¡Qué maravilla!

Parecía, realmente, la «marimba», un espectáculo de la Naturaleza, algo así como una música deliciosa del mar y del viento.

La «marimba» llegó aquí; pero hasta hace noches no la he oído, porque me parecía que cuando más agradable sería su pisco-labis musical había de ser en una noche calurosa y ante las amplias lontananzas de Amanuel.

En efecto, la «marimba» resulta refrescante, estimulante, vermuteante. Es como si nos preparasen un refresco de muchas esencias y muchos colores.

En vez de decir: «Anoche oí la «marimba», dan ganas de decir: «Anoche probé la «marimba».

La «marimba» debe tener una historia maravillosa, y ha debido haber varios tocadores de «marimba» que ascendieron a las más altas categorías del país. En los ratos de ocio de todo presidente hay un poco de «marimba» de afición.

La «marimba» despacha caramelitos musicales, caramelitos de distintos colores y de distinto gusto.

La «marimba» es un aparato sindical

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

de xilofonistas, «los xilofonistas reunidos». El anfiteatro xilofónico, la mesa de redacción xilofónica, la mesa redonda del xilofonismo, son nombres que también se podrían dar a la «marimba».

La dentadura musical más prodigiosa, la dentadura de los doscientos dientes vibrantes y sensibles es la que repercute en la noche ese aparato.

—No sabe usted qué bien sabe el vino con un poco de «marimba»—dice la marquesa a su amigo de confianza.

Las parejas se lanzan a bailar al son de la «marimba», que es como bailar sobre tejados de vidrio, sobre puntigudas copas vibrátiles, sobre carambanitos musicales.

—Es un poco como bailar al son de un gramófono—me decía uno de esos descontentadizos que hay siempre.

—¿Se puede chupar uno de esos «berlingots»?—preguntaban a los de la «marimba» las señoritas ingenuas dirigiéndose al mostrador de la música.

La «marimba» el otro día tuvo que luchar en el mismo estadio con la gran orquesta vestida con las partituras de etiqueta—camisas almidonados de los atriles negros—. El conflicto pudo acabar mal. Los numerosos admiradores de Beethoven que se congregaban al pie de la colina, protestaron de la «marimba», y la «marimba» tuvo que callarse encogida, enroscada, con un temblor de toda su dorsal musical.

Dos o tres veces quiso recomenzar; pero los virtuosos volvieron a protestar y la «marimba» se tragó sus notas y se chupó los dientes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(El Sol, Madrid).